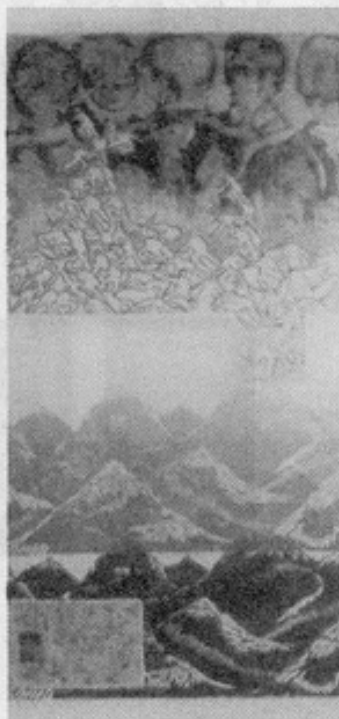


Sólo Quedan las Palabras

POR IGNACIO RODRÍGUEZ A.

UNA extraña mixtura entre lo obvio, lo ambiguo y lo hermético configuran los poemas de esta antología de Juan Cameron. A lo obvio es capaz de darle, de vez en cuando, un nuevo sentido, introduciendo en sus contornos un contexto sorprendente, al estilo del urinario de Duchamp en la sala de un museo, aunque sutilizando el asunto. Lo ambiguo es lo mejor de su obra, la propuesta de un universo que, como una ciudad, se extiende difusamente hacia lo rural, no sabiéndose nunca dónde termina la ciudad y dónde comienza el campo. Sargen, así, textos o zonas de textos, que son al mismo tiempo un homenaje lírico a lo urbano y un desvanecimiento del homenaje en repentinas nostalgias no deseadas. Estamos, en realidad, frente a un hablante entre dos mundos, un exiliado de sí mismo que se habita en ninguna parte, o mejor dicho, en la pura redundancia de su propia e interminable partida y en la inutilidad de sus regresos. Un hablante al que, entonces, sólo le quedan las palabras, ese territorio polisémico y figurado donde se echan las cartas de un destino de interpretaciones abiertas, sin valoraciones ni juicios, y sobre todo sin certezas, sin soportes, condenado a sucesivos naufragios y destellos de resurrecciones. "Una artesanía discursiva —como dice A. Bresky en el prólogo de esta antología— que diseña cada poema como un objeto de múltiples irradiaciones causadas por un doble desplazamiento de la palabra. Por un lado, un movimiento de traslación a través de los detalles del mundo exterior y, por otro, uno de rotación interna de los signos mediante el cual se procesan las imágenes recuperadas de lo visto y lo leído".

La ambigüedad, por otra parte, le permite al hablante incurrir en el humor y en la ironía, situarse frente a sí mismo ya no como un ser juzgado por otros, sino que por la imagen que le devuelve su implacable espejo metafísico. Es el juego del eco, donde el rebote de los signos va generando sólo la amplificación de unos últimos sonidos desprovistos de sentido, hasta que se apogan en su designada monotonía. Desgraciadamente, por ese mismo espejo-eco el hablante se despeña en el hermetismo, que implica no sólo la desvalorización del significado, sino que también el uso despersonalizado del significante. Un recurso desesperado para que una lucidez ya "un homónimo migre hacia una iluminación



fingida. El hermetismo es la desambiguación del lenguaje para reducirlo con cierta astucia al simple vacío de su intrínseca arbitrariedad. No es que a la poesía deba exigírsele siempre claridad, aunque sí, al menos, una cierta prosodia del encuentro, un mínimo aliento de comunión, aun cuando sólo se verifique en las zonas más enrarecidas y recónditas de nuestra humanidad.

La recuperación de lo obvio se hace evidente en un poema notable como «Hijo de sastre», montado con extraordinario oficio y auténtica emoción sobre unos cuantos lugares comunes. Nos reconocemos en él porque desarticula nuestra cuota de conocimiento heredada del mundo y la reintegra a unas percepciones para las que no teníamos formulación. También lo logra en el texto metapoético «Una

raya más en el tigre», "ese animal urbano [el poema con mil versos que] gruñe bajo el suelo / lanza zarpaos a sí mismo / Raya las paredes en silencio". Pero sobre todo en «Jureles», poema que emana de una intimidad intransferible y que se despliega desde allí, mediante la acertada reminiscencia del más humilde y entrañable alimcato-símbolo, a la exposición de una experiencia de amor que se hace lenguaje pleno. Es de una hermosura casi total que remata en dos versos absolutamente inolvidables: "Traigo tres jureles a tu mesa / En tu lengua conductos al cielo de los peces". Lo ambiguo detona en los poemas seleccionados del mejor libro de Cameron: *Cámara oscura*. El ya citado A. Bresky dice acertadamente de él, en una muy buena síntesis: "El punto de partida es siempre un dato que procede de una experiencia, ya sea del registro sensorial, afectivo, cultural cotidiano o circunstancial. Poco a poco las referencias que identifican esa experiencia van perdiendo el contacto [...] con su ámbito colectivo de asimilación, hasta que el proceso descriptivo de expansión imaginaria hace que el desarrollo adquiera autonomía con respecto a las leyes de la razón y la materia, poniendo en juego diversas textualidades, apuntes irónicos y sentimentales, e imágenes alucinatorias". Léase, a propósito, «Estación paños», punto de partida de un viaje sin retorno hacia el "desgarro de la carencia". Pero ya decíamos que el hermetismo acecha en estos poemas, muchos de los cuales se derrumban en claves que no logran trascender el secreto origen de su existencia. Quizás haya en este hecho una voluntad programática incubada en los tiempos de su pertenencia al grupo «Café Cinema», donde con Raúl Zurita y Juan Luis Martínez, entre otros, se abocó a la práctica de una poesía experimental donde los recursos de la transgresión rebasaron los límites de la inteligibilidad y la emoción.

JUGAR CON LA PALABRA

Juan Cameron.
Tom Ediciones,
Santiago, 2000.
204 páginas.



El mundo surf, S-V-2001 P.10

Sólo quedan las palabras [artículo] Ignacio Rodríguez A.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rodríguez A., Ignacio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sólo quedan las palabras [artículo] Ignacio Rodríguez A. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile